

Crónica de una maestra mariposa

Virginia del Valle Garnica Camal

En el transcurso del año estuve al frente de dos séptimos grados, en el área de Ciencias Sociales y Lengua, en una de las escuelas del distrito.

Me tocó un grupo con bastantes problemas, especialmente en conducta. Uno de ellos giraba en torno a un alumno muy conflictivo. En la escuela preocupaba que, desde su casa, no hubiese colaboración para consultar a un profesional para que los ayude y que, cuando se cita a los padres a la escuela, en las entrevistas suele haber evasivas o promesas de ponerlo en tratamiento (que nunca se cumplen).

Este chico ponía continuamente a prueba los límites, desafiando la autoridad del adulto y, como consecuencia, perjudicaba al resto de sus compañeros, de los cuales algunos hacían causa común con él. Estas situaciones perturbaban el clima de las clases y desordenaban al grupo, dificultando tanto la enseñanza por parte del docente, como el aprendizaje por parte de los alumnos.

Pese a todo este desequilibrio producido, en algunas oportunidades pude lograr la atención de este alumno y que, aunque con niveles de concentración muy inestables, pueda trabajar en el aula con su grupo de compañeros (¡aunque sea por unos minutos!).

Un día, cuando ya habíamos entrado a clase, a primera hora de la mañana, ingresa al aula la Secretaria de la escuela (recientemente nombrada) para intimidar a este chico delante de todos. Sus palabras textuales fueron: "A vos te vi ayer a la tarde haciendo algo horrible. Te voy a decir que vas mal y vas a terminar mal. Y a vos- señalando a otro compañero sentado a su lado- no te juntás más con él, porque también estabas y vas terminar igual que él o peor." Los chicos se defendieron y le dijeron: "No estábamos haciendo nada, solo estábamos jugando"; luego agregaron: "No sé que habrá visto usted, no sé a lo que se refiere, ¿qué es lo que vio?". "No me mientan- replicó a los gritos, mejor me callo, yo no tengo que explicar nada. Hoy no está ni la Directora ni la Vice¹, así que yo las reemplazo, aquí no hay nada que negar, a vos no te digo más nada porque ya estás

acostumbrado hacer esas cosas; pero a vos sí porque voy a citar a tu mamá para que no te deje juntar más con él"- señalando al otro compañero-.

A todo esto yo estaba absorta, no podía creer lo que estaba ocurriendo, me quedé parada frente a la clase como si estuviera pintada. La Secretaria no pidió permiso, ni tampoco dio una explicación por la interrupción. En medio de la confusión, me sentí limitada por disposiciones ajenas a mi quehacer y todo en menos de 5 minutos se desordenó; me fue imposible retomar el curso de la clase (en esos momentos estaba elaborando un taller para que los chicos trabajen en grupo).

Cuando se retiraba la Secretaria me dijo: "No te cuento nada porque no vas a entender, no vale la pena que intervengas por lo poco días que estás, acá la que tiene que tomar medidas soy yo". Ya no había retorno; estaba frente a un situación verdaderamente conflictiva: una docente con muy poca ética profesional, inquiriendo a dos alumnos delante de todos sus compañeros provocando la humillación.

A nadie le quedó claro lo sucedido. Mucho menos a mí. Me sentí superada por la situación y volví a tener esa amarga sensación de que mi rol docente había sido manoseado nuevamente. Como si fuera poco, a partir de ese momento el chico me plantó bandera de guerra y algunos volvieron hacer causa común con él.

Reflexionando sobre lo ocurrido, pienso que todo esto fue provocado por el mal tratamiento que se le dio al conflicto desde un principio. Considero que por más que el alumno tenga problemas no se lo debería tratar así, mucho menos delante de todos, haciendo exhibición de sus dificultades y de la autoridad, "porque un chico mal tratado, luego mal trata".

Los pocos logros obtenidos con el alumno se esfumaron... En la cuarta hora al chico le agarró un brote, empezó a pelear con sus compañeros y no pude contenerlo. Comenzó a tirar las sillas contra las paredes y mi escritorio fue a parar contra el pizarrón. Ante la imposibilidad de frenar la situación, que evidentemente no había generado yo, mandé a llamar alguien de dirección con otro alumno porque no puedo dejar a los chicos solos. Cuando el alumno volvió me dijo que la Secretaria no lo dejó pasar y le puso por excusa: "Acá estamos todos ocupados y no podemos ir, así que decile a la maestra que se arregle como pueda y que por reglamento no puede mandar a ningún alumno." Es decir que no **pude contar con la colaboración de ellos.**

Al escuchar los gritos y los ruidos, salió mi paralela que estaba en el otro séptimo, dejó la puerta abierta para mirar a los alumnos y vino en mi ayuda. La ayuda de dirección nunca

vino. A la salida, me presenté en secretaría y les pedí que me dejaran sentar un rato hasta calmarme porque me había subido la presión, la Secretaria me dijo con mucha autoridad: “Vos tenés que capitalizar el error, no podés mandar a un alumno porque acá estamos muy ocupados”. A lo que yo le respondí: “No puedo dejar los alumnos solos y además mandé a un chico de 13 años y no a una criatura”. Ella agregó: “En ese caso tenés que acudir alguna maestra que esté desocupada.” Ante semejante diálogo de locos, me sentí más ultrajada aún, ya que esta persona con sus argumentos trataba de convencerme que ella no había estado en falta. En ese momento entró la otra Secretaria y me ofreció llamar el SAME, pero preferí retirarme a mi casa.

Al otro día todo siguió igual. La Secretaria en cuestión se acercó a hablarme en una de mis horas libres: “Vos sos una muy buena maestra y muy trabajadora, lo que te pasó ayer te va a servir para que aprendas. Por eso antes de tomar una medida contra vos prefiero hablarte, ni siquiera va a llegar a oídos de la Directora.” Mis oídos y mi cerebro no se convencían de lo que estaba escuchando. Por suerte, era viernes!

Al día lunes cesé porque se presentó la maestra titular y los papeles de rutina me los hizo la Directora porque estaba sola con la viceDirectora. Los demás estaban con licencia. Una vez cumplimentado lo burocrático, la Directora me dice: “Ya que tu cuaderno de actuación está acá te hago el asiento porque esta suplencia fue larga (15 días) así te notificás y te quedás tranquila.” Cuando mira el último asiento exclama: “El asiento ya está hecho, lo hizo Fulanita (la Secretaria en cuestión), ¿pero cómo si el viernes estabas trabajando?, se adelantó a escribir el asiento. Claro ella hoy empieza la licencia y yo el viernes no estaba.” El asiento dice: “Se agradece la colaboración de la docente a cargo de los dos grupos de séptimo grado, pero se le recomienda tenga cuidado en su accionar en ciertas situaciones que no sabe como desempeñarse”. Sin palabras firmé con indignación y la Directora con su silencio confirmó su complicidad ante la mala fe de esta persona.

En los comienzos del siglo XXI, el cuaderno de actuación todavía se usa como “instrumento de represalia hacia los maestros”, para encubrir las falencias del sistema y de los que poseen el poder. Se sigue persiguiendo la evaluación, control y sanción de los docentes y no la búsqueda de soluciones y nuevas modalidades para un funcionamiento más democrático y participativo de las escuelas.

ⁱ N.E : la dire, dire, la Vice, vice , expresiones no formales para los cargos docentes